

Ahí viene el lobo

GERARDO OCHOASANDY

Las colaboraciones publicadas en la edición de enero de 1994 en Este País, estimuladas por el reportaje sobre el patrimonio cultural en México de noviembre de 1993, confirman el reclamo del debate nacional sobre el tema. Los tres textos publicados en esa ocasión -representantes sindicales, Gilberto López y Rivas, Julio César Olivé-, así como los de Carlos Garría Mora y José Ernesto Bccerril Miró publicados posteriormente, amplían los enfoques sobre esa realidad. Es cierto que en las tres primeras colaboraciones se entremezclan la declaración de principios, la defensa de los intereses de grupo y la descalificación de mi trabajo profesional, como también loes que en las dos últimas está presente el rigor, la claridad y la preocupación por ofrecer recomendaciones que favorezcan la defensa del patrimonio cultural. Estas dos actitudes son habituales en todos los debates. La primera actitud manifiesta cierta fragilidad argumental que trata de ocultarse debajo de innumerables recursos ajenos al pensamiento libre. Los que escriben de este modo confunden el interlocutor con la clientela y difícilmente toleran que en el debate participen sectores y personas que prefieren olvidar por qué les causan escozor. Cuidado que ahí viene el lobo, dicen los pastores a sus ovejas. La segunda actitud es más humilde, más generosa y más enriquecedora: se empeña por entender lo que se quiso decir, concede el derecho de la duda y plantea su lectura; los interlocutores no son clientes sino individuos con nombre y apellido. Ahí hay un debate, dicen los analistas a esos interlocutores. La primera actitud es la que agita la matraca en la "asamblea democrática" y que trata de arreglar las cosas en las charlas palaciegas o del comité central. La segunda propicia el diálogo con la diversidad de sus pares y no desperdicia la oportunidad que les dan los medios de información para conversar. Es la diferencia entre el discurso en el Zócalo y el diálogo en el Agora. Indudablemente, escucharemos muchas otras voces luego de la aparición de la investigación colectiva titulada La expropiación del pasado en México. El libro habrá cumplido así su misión: hacer público el debate de un tema de interés público.

De cualquier modo las inquietudes planteadas en las colaboraciones quedarán resueltas en el libro. Me limitaré por ello a examinar ciertas constantes de la primera actitud que son preocupantes debido a que obstaculiza la reflexión y pueden desorientar al lector. Su cuadro de conducta es sintomático. La publicación en el semanario Proceso (26/X/1992- No. 834) de un reportaje documental dedicado a la crisis en el INAH despertó también la cólera de los comités ejecutivos D-JJ-IA-1 (correspondiente a los académicos) y D-II-24 (correspondiente a los trabajadores, técnicos y manuales). Cólera: "locura pasajera", escribió Séneca. Esa aflicción los hizo perder el control: enviaron entonces una carta impublicable por sus majaderías, sus calumnias, sus descalificaciones y su improbable tesis del complot contra los trabajadores. Pero eso no les bastó. En la lógica del montón, los entonces firmantes incurrieron en la valentona de pedir-le a otros medios la publicación de su texto y avisaron al semanario, del cual soy reportero, que todos los centros estatales del Instituto enviarían cartas contra el "colaborador" que vertió tanta "insidia" en su reportaje. Finalmente más o menos entendieron que el desacuerdo no cancela la aplicación del manual de Carreño y reescribieron su carta en términos que no ofendieran a los lectores y de la cual ahora citan un pasaje excluyendo por supuesto mi respuesta. Es una lástima que el esquema de las réplicas de ayer y hoy sea el mismo. Primero, enlistar los mohosos blasones

académicos para ahorrarse el expediente de comprobar en el texto la autoridad intelectual. Inmediatamente, hacer caso omiso de los hechos documentados para "descubrir" detrás de ellos una "ideología" y arremeter contra ella. Posteriormente, deslindar al reportero de su medio para descalificar al reportero, sin enemistarse con el medio y atribuirle al reportero la autoría intelectual de las tesis que arroja la investigación periodística para descalificar al reportero, sin polemizar con las fuentes directas de esa investigación -pues ya y en corto les harán, si así les place, los reproches correspondientes-. Y finalmente, cuando es imposible prescindir de los datos, aislarlos para minimizarlos. Todas las fases de esta operación mental están acompañadas de un preocupante malestar por los recursos estilísticos empleados en el reportaje. Por eso responden al diálogo con acusaciones ideológicas, la vulgarización del problema, la simplificación de lo que se quiere replicar, el planteamiento de indemostrables campañas conspiratorias, el reconocimiento al paso de las llagas del burocratismo y la corrupción para evitar responder a los casos documentados de burocratismo y corrupción, el énfasis en supuestas lagunas inexistentes -puesto que lo publicado por Este País es un adelanto del libro y no el libro como tal-, la reducción del análisis no a las ideas -ni a los juicios y raciocinios-, sino a las posturas que tramposamente desean irreconciliables y por supuesto el ataque personal. Pero el reportero no opina; el reportero informa. Por eso es triste que Gilberto López y Rivas, emplee malogrados giros militares tales como el "vuelve a la carga" para convertirme en injuriador y me acuse de expropiar sus ideas por la sola razón de que sus declaraciones aparecen en un "contexto" que le causa irritación: el de las decenas de voces consultadas, además de la suya. Su respetable lectura de la situación del patrimonio en México, al ofrecerla como la única, es una expropiación del ejercicio intelectual. López y Rivas no tolera que haya otras versiones y menos aún que esas otras versiones puedan convertirse en legión. Por lo que responderé a su reclamo. Ya que tanto le irrita que el libro *La expropiación del pasado en México*. Fracaso de una política cultural, sea un libro plural e incluya su opinión y la de sus padres. Retiró la suya del índice. Y se le enviará, como a todos los entrevistados, un ejemplar del libro, con la esperanza de que lo lea con algo más que buena fe; con fe crítica, pues a pesar de todo, en su colaboración plantea, ciertamente de modo muy ocasional y seguramente de manera inconsciente y hasta contra su voluntad, una que otra observación pertinente. Ojalá, ni él ni los sindicalistas, desaprovechen esa segunda oportunidad, como lo han hecho con esta primera vez. Y ojalá Julio César Olivé no se deje influir por sus muchachos, ya no esté cambiando de opinión cada quince minutos, piense por cuenta propia -o lo que es lo mismo, diga lo que piensa en verdad-, y asuma el compromiso que le corresponde, como una de las personalidades con mayor autoridad intelectual y moral en el tema.